

mente maravilloso. El último viaje fue a Córdoba, Argentina, también con la obra. La última vez que lo vi fue en septiembre del 2001, en el Teatro Providencia, con el rito que tienen los actores de juntar energías para la obra. Estuve con ellos tomados de las manos.

Andrés me avisó que en noviembre iría la obra para Antofagasta (era un compromiso entre nosotros de avisarme anticipadamente dónde estaría la obra, para no enterarme por la prensa).

De por qué estoy escribiendo de Andrés, de Roberto Parra y de *La Negra Ester*. Porque el año 70, cuando recién conocí a Roberto, su tema favorito era la historia de *La Negra*

Ester. En un viaje que hicieron Nicanor y Roberto al puerto de San Antonio, fueron a verla y se enteraron de que ya no estaba. Llegaron los dos muy tristes, y de ahí Don Nica le sugirió que escribiera la historia. Creo que eso fue el año 71. Yo le compré un cuaderno. Primero fueron veinte décimas. En cada viaje que hacíamos a La Reina, fue creciendo en personajes. Y así fue como se fue convirtiendo en una creación literaria.

El cuaderno original todavía lo conservo, donde escribió su primera versión. Después *lo pasó en limpio* varias veces. Luego vino el montaje de la obra y todo lo demás ya es conocido por el público.

Estando Andrés en el hospital, le

mandé mis saludos con Rosita, ella me comentó que le gustaría que yo lo visitara. No fue posible y el día de su muerte estuve toda la noche en vela, sin saber que se había agravado, tal vez no quise relacionar. Como a las 6:20 recibí el llamado de Rosita comunicándome la noticia de su muerte.

Me levanté y tan temprano no sabía para dónde ir ni qué pensar: me paseaba en mi casa como una sonámbula. Pero sentí tanto su muerte, además de ser el gran director que fue, como algo tan cercano, tan familiar, tan íntimo, como uno de los míos.

Sin duda, éramos de la familia de la *Negra Ester*. ●

Nuestro hermano en la Danza

Patricio Bunster

Coreógrafo

Director de Licenciatura en Danza

Universidad Academia de Humanismo Cristiano

La despedida de Andrés en el Teatro Providencia tuvo un ambiente de fiesta, fue alegre; seguramente como Andrés lo hubiera deseado. Confieso que no pude contagiarme con esa atmósfera festiva.

Me pesaba, y me sigue pesando, una sensación de pérdida irreparable e injusta. No sólo pena, ira.

Siempre pensé que Andrés Pérez, junto a Pedro de la Barra, son los personajes más fundamentales de la historia del Teatro Nacional. Bestias de teatro, sí, pero también de la gestión; una gestión no para sí mismos sino

en beneficio del desarrollo de nuestra vida y resonancia teatral: impulsores de movimientos teatrales.

Andrés vitalizó nuestro teatro, inyectándole el espíritu y los recursos expresivos del gran teatro popular.

He vuelto a pensar en ese muchacho, nuestro alumno en la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, en quien vimos un talento excepcional en el movimiento y que adoptara nuestro consejo de que estudiara también Danza. Tal vez parte de la vitalidad de su teatro corresponde a su condición de coreógrafo.

Por ello, lo despidió no sólo como amigo admirado sino como hermano de la Danza. ●



Andrés Pérez durante su estadía en Francia. 1985-1987 aproximadamente.